



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Schmucler, Héctor

Ideología y optimismo tecnológico



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Schmucler, H. (1995). *Ideología y optimismo tecnológico*. *Redes: revista de estudios sociales de la ciencia*, 2(5), 175-188. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/470>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Ideología y optimismo tecnológico

Héctor Schmucler

No requiere demasiado esfuerzo comprobar que el discurso sobre la tecnología -rigurosamente podríamos decir: el discurso de la tecnología- ha ido ocupando el lugar político que hasta hace pocas décadas era cubierto por alegatos vinculados al orden social, económico o moral de los pueblos. La imaginación colectiva contemporánea, por ejemplo, se dejó penetrar en un tiempo sorprendentemente breve por una idea exclusiva: "la llegada de la sociedad de la información". En un salto de audacia, esta idea pretende encontrar una clave explicativa a la totalidad de la compleja trama que constituye el concepto de sociedad. Pero tan sorprendente como la rapidez con que se expandió, es la docilidad manifestada por el imaginario colectivo: sin resistencia, "sociedad de la información" se volvió doxa, opinión corriente. Todo parece haber estado preparado para la bienvenida y de allí la euforia que atraviesa el anuncio de la llegada. Una *llegada* que subraya sus dos significados: arribo y culminación; cumplimiento de una promesa. Nueva "anunciación" que parodia la del arcángel Gabriel. La diferencia entre una y otra anunciación, sin embargo, no es nada desdeñable: mientras el emisario del relato bíblico, el *nuncio*, confirma el misterio fundante del mundo, los *anuncios* sobre las autopistas de la información resuelven el enigma del futuro.

¿Cómo y por qué hemos llegado hasta aquí? El interrogante habita con persistente inquietud los estudios que intentan comprender el comportamiento de las sociedades actuales. Pero también habita las preocupaciones de quienes no se resignan a comprobar que "jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de la barbarie". El espíritu de la afirmación de Walter Benjamín ha sido indagado desde todos los saberes, incluidos la filosofía, la literatura o la teología. Ninguna respuesta es del todo convincente. En lo que sigue tratamos de explorar, fragmentariamente, algunos datos sobre la técnica convertida en ideología y el optimismo que la sustenta, hijo de la razón y del progreso. Señalamos, igualmente, el papel intelectual de dos hombres sin los cuales nuestra época no sería lo que es.

Ideología y progreso

Las ideologías solían disputar interpretaciones del mundo en procura de afirmar ciertas formas de poder. No sólo construían una versión de la historia pasada, coherente con el sesgo de su propia mirada, sino que destacaban los datos por los cuales el futuro debía transcurrir por un sendero determinado. Si de algo no había duda era de la existencia de ese futuro marcado por un necesario progreso. El progreso, obediente a designios tan indeterminables como irrenunciables, se encontraba en la raíz de cualquier forma de optimismo social. La técnica aparecía, con frecuencia, como el instrumento privilegiado para sustentar el optimismo. Y detrás de la técnica, la razón humana.

Aun en la historia reciente, en los momentos más perturbadores de la "guerra fría", los grandes esquemas ideológicos en pugna reivindicaban a la ciencia y a la técnica como su estandarte más valioso. El futuro que cada una ofrecía tenía un punto de clivaje: al servicio de qué y de quiénes se colocaban esa ciencia y esa técnica. Alguna vez se debería escribir un relato de la historia del siglo que parece haber concluido con el final de la guerra fría en el que se muestre cómo la disputa de raíz económica entre modelos antagónicos enmascaró aquello que crecía incesante y celebratoriamente: la técnica. Durante ese capítulo postrero, el de la guerra fría, el planeta pudo haber desaparecido por causa de una oposición aparente. El socialismo y el capitalismo eran máscaras distintas de un solo actor, el pensar técnico, que dominaba la escena de la historia desde hacía siglos y que en éste, el número veinte, descubrió dos veces su verdadero rostro en Auschwitz e Hiroshima.

Ideología y pensar técnico

El pensar técnico, en nuestros días, no necesita máscaras: se ha vuelto, él mismo, ideología dominante. Y tal vez esa circunstancia nos coloque ante una oportunidad sin precedentes: despojado del lastre, nuestro pensamiento admite la posibilidad de reflexionar con más nitidez sobre la ideología de la técnica. El camino no es fácil. La ideología de la técnica ha realizado una jugada maestra al sustentar que todas las ideologías han concluido. La tecnología, en realidad, intenta marginarse del campo del discurso -lugar de la ideología y de la disputa- para erigirse como transparencia. Impone hablar de ella sólo desde ella misma, en un tautológico *ser lo que es* que la instala en un ámbito de sacralidad. Indiscutible. La tecnología desdibuja su lugar en

la historia construyendo su propia historia, que aparece como una sucesión de triunfos del hombre sobre lo que lo rodea. El optimismo que atraviesa la tecnología se enraiza en una doble convicción: el hombre, a través del progreso, tiene un camino ya trazado en el mundo y la tecnología es la cifra que le permite conducirse adecuadamente por ese camino. En el límite, la tecnología es el medio *en el que* (no *con el que*) los seres humanos se constituyen como tales. Tal, al menos, lo que señala Norbert Bolz como característica del hombre moderno. Profesor de la Universidad de Essen, Alemania, Norbert Bolz sostiene¹ que durante la Era Moderna el hombre ha sufrido tres humillaciones narcisistas sustanciales: la primera lo excluyó del lugar predominante en el Universo al demostrarse que la tierra no es el centro del mundo; la segunda se la infirió el psicoanálisis al mostrar que "el yo no es amo en su propia casa". La tercera humillación se verifica ante nuestros ojos: la inteligencia artificial "se dispone a poner en tela de juicio nuestro último y glorioso bastión: el pensamiento". Los "datos" han dejado de ser instrumentos *utilizados* por el hombre ya que "él mismo es insertado en los circuitos de realimentación". En consecuencia -insiste Bolz- "el hombre ya no es usuario de la herramienta sino momento de conexión en el conjunto de medios".

La técnica como verdad

Las ideas expuestas por Norbert Bolz poseen un mérito infrecuente: no disimulan que su punto de partida es la técnica y que al hombre le *espera* ser lo que ella es.

Todos los problemas de identidad de nuestra cultura contemporánea resultan de las exigencias de una nueva sinergia hombre-máquina,

en la que el hombre se define en relación con la máquina. De la máquina aprende quién es, por lo que tienen en común y por lo que tienen de distinto. Diferencia, es bueno subrayarlo, que no entraña privilegios sino posibilidad de adecuar funciones. Las metáforas com-

¹ "La despedida de la Galaxia Gutemberg. Sobre la teoría mediática como ciencia fundamental de la tercera nueva era", conferencia dictada en el Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, agosto de 1995.

putacionales tienen valor de verdad: "el hombre se inserta en los circuitos", "el procesamiento de datos hace que el ingenio pase a ser superfluo". La sociedad de la información adquiere su sentido último en la autorreproducción del sistema mediático: el que "existan comunicaciones aun cuando no haya nada para comunicar". La comunicación, como tal, es la razón que explica la existencia de los entes.

La lengua -dice Bolz en clara alusión a Heidegger- ha dejado de ser la morada de nuestro ser ya que en la tercera nueva era esa morada se construye sobre algoritmos.

En más de un sentido el pensamiento de Bolz -que bien podría ser una abreviatura de las prácticas que hoy sostienen las estructuras sociales- es la descripción táctica de lo que Heidegger reflexionaba cuarenta años antes en su célebre *La pregunta por la técnica*.² Heidegger considera que la usual determinación de la técnica -un medio para un fin y un hacer del hombre- vale como concepción instrumental y antropológica de la técnica moderna, pero no alcanza lo esencial. Lo esencial de la técnica no es su carácter instrumental, manejado por el hombre, sino una manera de "destinarse el ser al hombre", la forma en que el hombre devela la realidad, establece la verdad. Verdad, entonces, como develación, *alétheia*, y no como adecuación del pensamiento y la cosa. Y

[...] el desocultar dominante en la técnica moderna -dice Heidegger- es un provocar que pone en la naturaleza la exigencia de liberar energías, que en cuanto tales pueden ser explotadas y acumuladas.

Esta técnica que convierte a la naturaleza en "una única y gigantesca 'estación de servicio', en fuente de energía", es lo contrapuesto a la significación original de *techné*, que confundía su sentido con *poiesis*. La otra técnica, pues, como arte, como habilidad para hacer algo. Ese arte, *poiesis*, creación, ha devenido -en la técnica moderna- una voluntad de dominio. Dominio de la naturaleza que se hace dominio de los hombres. Las cosas dejan de ser las cosas para convertirse en "puras reservas" a ser utilizadas.

² Heidegger, M., "La pregunta por la técnica", en *Ciencia y técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1983.

El bosque deja de ser un objeto (lo que era para el hombre científico de los siglos XVIII y XIX), y se convierte en "espacio verde" para el hombre desenmascarado finalmente como técnico, es decir, para el hombre que considera a lo ente a priori en el escenario de la utilización.³

Es el pensar técnico, y no el aparataje de la técnica, lo que constituye el meollo significativo de la técnica moderna, para la cual cada cosa es, *esencialmente*, reemplazable; todo puede tomar el lugar de todo, puesto que sólo interesa en cuanto su utilización, o más rigurosamente en cuanto su consumo. "La naturaleza, en tanto naturaleza, se retira", indica Heidegger. Lo tradicional desaparece, nada se transmite de generación en generación porque la mirada técnico-instrumental exige la novedad, lo siempre disponible en cuanto recurso, lo que puede cambiarse permanentemente.

El proceso de abstracción

Previa abstracción de las cosas, todo, en realidad, se ha ido transformando en *información para*. La posibilidad de que el mundo constituya una sola realidad, la de los impulsos electrónicos, es la máxima realización a la que aspira la "sociedad de la información". Un triunfo de la técnica cuya magnitud no podía sospechar Karl Marx cuando afirmaba que, en el capitalismo, "todo lo sólido se desvanece en el aire". En la sociedad mercantil -anticipaba Marx- las cosas tienden a abstraerse; todo se reduce a un "equivalente general": el dinero. Pero en la "sociedad de la información" el propio dinero se vuelve un "dato" más, que circula a través de un flujo imparable e infinito. El citado Norbert Bolz, inspirado parcialmente en los vaticinios de Alvin Toffler, afirma sin titubeos:

[...] la creciente complejidad de nuestra civilización nos obliga a mecanizar totalmente los recuerdos, la memoria y los archivos.

De esta manera surge una profesión privilegiada: el navegante del saber. "Su tarea es la de hacer transitables los caminos a través del laberinto de lo almacenado." En la sociedad de la información, en

³ "Protocolo a Seminario de Le Thor", *Ciencia y técnica*, citado.

consecuencia, saber es "saber qué es lo que se sabe", porque todo ya está convertido en información, en datos. El "navegante del saber", que sólo existe como parte del circuito al que se integra, adquiere un papel estratégico.

Hemos llegado a una situación tal que todo pensar que no mide, que no calcula técnicamente, es desechado como un no pensar. En ese acto totalizante el pensar técnico se engendra como ideología y ya no puede reconocerse como lo que es, cómo una manera, entre otras, del pensar. Como -en el lenguaje de Heidegger- una manera específica de "desocultar", una forma de establecimiento de la verdad.

El optimismo tecnológico se despreocupa de la verdad que la técnica moderna establece sobre el mundo: la ideología convoca al optimismo. La verdad, en cambio, prescinde del elogio de lo *óptimo* y, en todo caso, se aproxima a una ética, a una valoración de la realidad que no necesita justificar lo existente como lo único posible.

Comprender -dice Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*- no significa negar lo terrible. Significa, más bien, analizar y soportar conscientemente la carga que los acontecimientos nos han legado sin, por otra parte, negar su existencia o inclinarse humildemente ante su peso, como si todo aquello que ha sucedido no pudiera haber sucedido de otra manera.

El optimismo de la técnica

Si no se establece previamente un punto de referencia, cualquier noción de optimismo (o pesimismo) resulta insostenible. ¿Se es optimista respecto de qué? Si el punto de mira es el ser humano (¿y en relación a qué otro sujeto terrenal podríamos pensar?), toda valoración dependerá de una percepción -de una creencia- sobre el ser del ser humano. El optimismo, al igual que la ideología, suele prescindir de estas consideraciones.

Walter Benjamín, en sus *Tesis de filosofía de la historia*,⁴ sugiere la necesidad de "pasarle a la historia el cepillo a contrapelo". Su razonamiento parte de la convicción de que los dominadores, en cada momento, son "herederos de todos los que alguna vez han vencido" y

⁴ En *Discursos interrumpidos*, Madrid, Editorial Taurus, 1973.

que "la empatía con el vencedor resulta siempre ventajosa para los nuevos dominadores". A contrapelo, entonces, quiere decir *contra* la tendencia establecida que ve en el progreso una ley necesaria de la historia. Luchar en nombre del progreso, piensa Benjamín poco antes de su muerte en 1940, puede ser el mayor desatino cuando se combate al fascismo; porque el fascismo es más bien producto y no negación del progreso. Por eso, dice Benjamín, el "Angelus Novus" de Klee, que tiene "el aspecto del ángel de la historia", quiere resistirse al huracán que lo empuja hacia el futuro, a "ese huracán" al "que nosotros llamamos progreso"; por eso quiere resistirse al "conformismo" que es causa del derrumbamiento. Benjamín evoca la historia de Alemania en los años treinta:

[...] nada ha corrompido tanto a los obreros alemanes como la opinión de que están nadando con la corriente. El desarrollo técnico era para ellos la pendiente de la corriente.

El conformismo, en nuestros días, podría merecer el mismo gesto irónico con que Voltaire criticó, en 1759, el concepto de "optimismo" que, veinte años antes, había sido consagrado por las *Mémoires de Trévoux*⁵ para designar la teoría sobre la bondad del mundo desarrollada por Leibniz en su *Teodicea*, en 1710. Voltaire, en su *Cándido o el optimismo*, se burlaba del razonamiento leibniziano que considera al mundo existente como el mejor de los mundos posibles.⁶ Pangloss, el preceptor de Cándido, habla por Leibniz:

[...] está demostrado que las cosas no pueden ser de otro modo: porque estando todo hecho para un fin, todo lo está necesariamente para el mejor fin. Observad que las narices han sido hechas para llevar antiparras, por eso tenemos antiparras. Las piernas están instituidas, visiblemente, para ser calzadas, y por eso tenemos calzas. Las piedras han sido formadas para ser talladas, y para hacer castillos con ellas, por eso monseñor tiene un bellissimo castillo [...]: por consiguiente,

⁵ *Mémoires pour l'histoire des sciences et des arts*, publicación periódica editada en Trévoux, en la Borgoña francesa, con la colaboración de prestigiosos jesuitas de la época.

⁶ Cincuenta años antes, Baruch Spinoza ya había escrito que

[...] las cosas son hechas por Dios con la máxima perfección, puesto que se han deducido con necesidad de una naturaleza perfectísima.

quienes han afirmado que todo está bien, han dicho una tontería; había que decir que todo está lo mejor posible.⁷

La ironía de Voltaire ponía en duda la *necesariedad* del orden existente en el mundo. Quedaba abierta la pregunta: ¿el asombro ante la misteriosa (y por lo tanto indiscutible) existencia de las cosas, alcanza a las creaciones efectuadas por los hombres? Uno de los interlocutores de Pangloss avanza una respuesta:

[...] aparentemente el señor no cree en el pecado original, porque si todo es del mejor modo, entonces no hubo caída ni castigo.

Crítica a la ideología de la técnica

El frecuente señalamiento de que la ideología es mera ilusión y distorsión de lo real presupone la existencia de una realidad independiente, externa, traicionada por un sistema de imágenes e ideas. Sin embargo, las ideologías son formas simbólicas que construyen una visión del mundo no distanciada de la *realidad que se vive*, pues vivimos según ese ver. En consecuencia, cuando la ideología de la técnica proclama su identificación con la realidad, afirma el hecho de que esa realidad es, a su vez, una construcción derivada de la visión del mundo del pensar tecnológico. Cualquier posibilidad crítica, entonces, no debería apuntar al *hecho real de* la materialidad maquina, sino a la concepción del vivir al que esa materialidad sirve. Si, como propone John B. Thompson,⁸ la ideología es "significado al servicio del poder", no es extraño que tienda al optimismo. Pero ese optimismo -cuando se trata del desarrollo tecnológico- se vuelve una categoría inútil pues deja a un lado la posibilidad de pensar otro mundo no marcado por el "pensar técnico". Optimismo, progreso y tecnología conforman una tríada inescindible. La tecnología, sustento del progreso histórico y social, remite a una teleología. El progreso, desde el punto de vista social, convoca una fuerte connotación de *deseable* y aventura un destino de justicia y bienestar creciente en el que la tecnología cumple el más destacado papel como motor del crecimiento

⁷ Voltaire, D., *Cándido*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984 (traducción de Mauro Ariño).

⁸ Thompson, J. B., *Ideología y cultura moderna*, México, UAM, 1993.

económico y como garante de una existencia humana más confortable. El optimismo es posible porque hay posibilidad de progreso.

Progreso y optimismo sustentaron el pensamiento de la Ilustración, alrededor del cual se construyó el mundo contemporáneo. Cuando la perplejidad y la incredulidad se hicieron presentes en los dos últimos siglos de la historia humana, fueron siempre reclamos por el incumplimiento de sus promesas. Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, Max Horkheimer y Theodor Adorno⁹ fueron portadores de la decepción más honda:

[...] el Iluminismo, en el sentido más amplio de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido siempre el objetivo de quitar el miedo a los hombres y convertirlos en amos. Pero la Tierra enteramente iluminada resplandece bajo el signo de una triunfal desventura.

Darwin y Marx

En el proceso de "iluminación" dos nombres se habían destacado: Charles Darwin y Karl Marx. El largo siglo que arranca desde la mitad de 1800 y que nos sigue acompañando a pesar de las múltiples fragmentaciones que se han pretendido establecer, no puede deshacerse de estos nombres. En 1859 apareció *El origen de las especies* y ocho años después se publicaba el primer tomo de *El capital*, que Marx había pensado dedicarle a Darwin. Desde entonces, las marcas de ambas obras no dejaron de multiplicarse en Occidente y cuando ciertas conclusiones surgidas de las llamadas ciencias naturales se trasladaron al análisis de la sociedad humana, el estudio de la historia quedó atravesado por metáforas biológicas. "Leyes de la necesidad histórica" sirvieron para entender la transformación del mundo social, al igual que otras leyes habían explicado el surgimiento de los seres vivos. Las organizaciones sociales, así como las especies animadas -pero también el espíritu del hombre- tenían marcado un destino de evolución.

El nuevo orden capitalista mostraba una realidad traumática: la lucha competitiva reemplazaba brutalmente al orden jerárquico anterior, mayormente estático. Las teorías sustentadas por Darwin no sólo quietaron la alarma, sino que hicieron de la competitividad algo normal, deseable.

⁹ Horkheimer, M. y Adorno, T., *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1969.

En 1798, el economista y pastor Thomas Robert Malthus dio a conocer la primera versión del *Ensayo sobre el principio de población* (cuyo título, en la edición original, agregaba "a View of ist past and present Effects on human Happiness"), donde se establecía que la

[...] causa de las aflicciones humanas [es] la tendencia constante que se manifiesta entre todos los seres vivos de aumentar su especie más de lo que permite la cantidad de alimento que está a su alcance.

El pastor anglicano describía los mecanismos "naturales" que restablecen normalmente el equilibrio: las guerras, las enfermedades, el hambre. Sin embargo, alertaba Malthus, este tipo de restricciones podrían resultar insuficientes en el futuro inmediato, por lo cual resultaban aconsejables "restricciones morales" tales como la "abstención sexual".

La ciencia y la técnica vinieron a poner en discusión la hipótesis malthusiana. Los recursos podían multiplicarse de manera antes imprevisible. Al optimismo tecno-científico, prometeico, se agregó otro de orden histórico: una redistribución de la riqueza haría innecesaria la limitación del número de habitantes. La tierra podía ser *exigida* a producir más pan y la conciencia humana, hecha voluntad, lo distribuiría con justicia. El malthusianismo sólo postergó sus razones para regresar detrás de las catástrofes ecológicas y demográficas. El neomalthusianismo (que para nada es un antimalthusianismo) proclama en nuestros días, con intensidad jamás conocida, que el control de la natalidad es condición necesaria para la sobrevivencia de la especie. Si la solución preconizada por Malthus pasaba por ciertas "restricciones morales", el neomalthusianismo propone salidas técnicas: métodos anticonceptivos, estímulo al aborto, condiciones socioeconómicas y culturales que desalienten la procreación.

El designio neomalthusiano es, esencialmente, una postulación moral, pero su justificación arranca, una vez más, de un enunciado que no parece requerir principios éticos: el progreso. Antes de la glorificación arrolladora del progreso al concluir el siglo xix, Charles Robert Darwin, después de hacer suyas las formulaciones del economista Malthus, dejó sentada la más sólida clave científica para el optimismo en el futuro. Tal vez desde que el telescopio de Galileo permitió "considerar a la naturaleza de la Tierra desde el punto de vista del Universo",¹⁰ ningún hecho de cultura tuvo influencia similar a la

⁰ Véase Arendt, H., *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993.

que ejercieron las teorías darwinistas sobre el origen del hombre y de las especies. En 1838 Darwin leyó la obra de Malthus. Allí aprendió que el proceso de selección natural ejerce una presión que fuerza a algunos a "abandonar la partida" y que otros se "adaptan" y se "sobrepone". La selección natural es producto de las modificaciones "victoriosas" que transmiten a sus descendientes aquellos, los más aptos, que han sobrevivido en la lucha por la existencia dentro de un ambiente cambiante. Desde que en 1859 apareció *On the Origin of Species by Means of natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, el evolucionismo biológico no dejó de influir en teorías sociales, en análisis económicos y en conductas políticas.

La selección natural -afirma Darwin-¹¹ no induce la variabilidad, sino "que implica solamente la conservación de las variaciones que aparecen y son beneficiosas al ser en sus condiciones de vida". Esas variaciones beneficiosas constituyen los caracteres adquiridos que son transmisibles a los descendientes. Selección natural y selección sexual. La gran metáfora que construyó posteriormente el darwinismo social alimentó buena parte del optimismo perfeccionista. No era necesario llegar a los límites insostenibles del holocausto nazi, para verificar la simplista vinculación entre raza y progreso que se desarrolló, como teoría, desde mediados del siglo xix. La voluntad de "mejoramiento" de la especie no cesó de crecer a pesar de las innumerables críticas efectuadas desde perspectivas filosóficas, sociales y religiosas. La ingeniería genética, uno de los sectores de punta del actual prestigio de la ciencia y la técnica, mantiene lazos de parentesco con el darwinismo social más estrechos de lo que frecuentemente se reconoce y reinscribe en la agenda científica, a través de la manipulación genética, algunas afirmaciones sobre la transmisión sexual de los cambios favorables, cuestionadas, desde hace tiempo, a las teorías de Darwin.¹² El norteamericano William Graham Sumner (1840-1910) había delineado con precisión los alcances del darwinismo social:

¹¹ Darwin, Ch., *El origen de las especies*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1992, cap. 4.

¹² Noélie Lenoir, presidente del Comité Internacional de Bioética de la Unesco, escribe:

[...] la biomedicina, por fin, está en condiciones de abrir el camino a toda una serie de transformaciones programadas de la especie humana a través de la modificación de su patrimonio genético. La transgénesis, aplicada a las plantas y a los animales pero jamás, hasta ahora, a los seres humanos, consiste en efecto en transferir un material genético enteramente nuevo a un organismo en un estadio suficientemente precoz como para que las transformaciones incorporadas sean definitivas y se transmitan a su descendencia (*Le Monde*, 3/11/95).

[...] queda bien claro que no podemos salir de esta alternativa: libertad, desigualdad, supervivencia del más apto; o libertad, igualdad, supervivencia del menos apto. El primer término de la alternativa lleva a la sociedad hacia adelante y favorece todos sus mejores miembros; el segundo lleva la sociedad hacia atrás y favorece sus peores miembros.¹³

La afirmación desnuda, que irritó moralmente a la burguesía humanista de la segunda mitad del siglo pasado, no hacía más que describir, apologeticamente, un aspecto sustancial de las relaciones humanas en Occidente. El optimismo de un capitalismo que descubría el uso calculado de la ciencia y la técnica para sus logros más significativos, prescindió de otras verificaciones que no fueran las celebraciones de sí mismo. La impía lucidez de Sumner venía a describir lo que efectivamente estaba ocurriendo. Su punto de vista no era pesimista, sino que rechazaba el optimismo sustentado en un simulacro de igualdad. Para Sumner, al final del camino estaba el triunfo de una humanidad recreada por la capacidad de los propios hombres conscientes de su desigualdad.

La evolución progresiva de la naturaleza, puesta de manifiesto por el darwinismo naturalista, encontró un correlato en el progreso de la civilización y este progreso rápidamente fue trasladado al ámbito moral. El darwinismo daba sustento científico, mediante analogías post-factum, a las interpretaciones sobre la "naturaleza" humana que habían sugerido los padres del liberalismo y de la economía política. En 1776 Adam Smith (*An Inquire into the Nature and into the Causes of the Wealth of Nations*) había hecho suya la idea de Francois Quesnay (*Tableau Economique*, 1758) sobre la "mano invisible" que fomenta el bienestar general de los seres humanos más allá de las tendencias egoístas de cada actor en el espacio económico. El progreso técnico y la división del trabajo, como elementos sustanciales, permitía al empresario, persiguiendo sus propios egoístas fines, "impulsar a la sociedad más efectivamente de lo que se propone en realidad". Al organizar su actividad profesional "de tal manera que su producto obtenga el mayor valor", razona Adam Smith, el empresario persigue únicamente su propio beneficio", pero "es guiado, en éste como en muchos otros casos, por una mano invisible, fomentando así fines que no se propuso". Ni Malthus (1766-1843), ni David Ricardo

¹³ Citado en Ferrater Mora, J., *Diccionario de filosofía*, Barcelona, Ariel, 1994.

(1772-1843) compartieron el optimismo ingenuamente metafísico de Adam Smith. La armonía anunciada no se mostraba por ninguna parte. La sociedad se fracturaba cada vez más en la misma medida en que aumentaba la injusticia y la desdicha.

Desde mediados del siglo XIX Occidente no dejó de pensar en Darwin; pocos años después no podría prescindir del marxismo. Después de Darwin el hombre podía eludir la presencia de Dios, pues ningún acto creador estaba en un comienzo. Tampoco quedaba desamparado: un destino de perfeccionamiento como especie se extendía en el ilimitado futuro. Después de Marx, las desdichas padecidas por los hombres tuvieron un sentido que descartaba la caída inicial: eran parte de un doloroso camino que la historia había señalado y que lo conducía al reino de la libertad. El paraíso no había quedado atrás, sino que esperaba en el horizonte. No era un don, sino la conquista de ese hombre al que Darwin le explicó de dónde viene y al que Marx le indicó el rumbo por donde debía transitar.

No era el asombro ante la existencia de las cosas lo que guiaba al pensamiento que creció durante el siglo XIX de la mano de la ciencia natural y social. Aquel asombro, punto de origen de toda gran filosofía en la historia de Occidente, sabe que hay una línea infranqueable a la que, por otra parte, no pretende vencer: el misterio. El pensar científico-técnico se instaló en las antípodas: no hay misterio sino problemas. Los problemas pueden ser tratados mediante técnicas apropiadas en función de las cuales son concebidos; los misterios trascienden toda técnica concebible.

Marx recuperó el optimismo para una humanidad a la que Darwin había liberado del yugo de lo Absoluto, pero que veía crecer la inseguridad y el malestar. Marx instalaba a la humanidad en una historia material regida por "leyes necesarias" cuyo cumplimiento debía desencadenar definitivamente a Prometeo. De Darwin se desprendía un devenir natural de las sociedades a través de la constante "lucha por la existencia" entre los individuos, que permitía la "sobrevivencia de los mejor adaptados": la historia de la naturaleza era el resultado de sucesivos triunfos de los mejores. De Marx se desprendía una historia humana paradójica, en la que cierto determinismo materialista estaba cruzado por el aleteo de la esperanza mesiánica. Para el marxismo la lucha por la existencia se vuelve un acto moral -humano- que, a su vez, encuentra asidero en el cumplimiento de leyes que están más allá de la voluntad humana.

Marx creyó descubrir lo que estaba oculto para el pensamiento de los economistas burgueses: el mundo visible del siglo XIX mostraba

sólo un momento de un devenir que ya estaba signado. La expansión de las técnicas productivas llevaba, al mismo tiempo, al triunfo y la derrota del sistema capitalista. La técnica era la manifestación de la grandeza del hombre que toma en sus manos su propio destino,¹⁴ si bien por el momento producía el sujeto más desposeído de todos los tiempos históricos: el proletariado. La técnica, agente de la degradación a *cosa* de todo rasgo humano, contenía ocultamente la fuerza de la humanización acabada. El proletario, hombre reducido a la nada, instrumento de los instrumentos, tenía, sin embargo, un destino de nobleza jamás sospechado: desaparecer en un acto que reivindicaría todo el pasado y que daría lugar al nacimiento de la verdadera historia. La revolución iniciaría un tiempo en que los hombres sólo obedecerían a sus propios conscientes objetivos. Un mundo donde quedaría segado, de raíz, el origen de todos los males.

Un mismo optimismo, producto tal vez de una misma desolación, alimenta las teorías del "triunfo del más fuerte" en la naturaleza y el triunfo del proletariado en la historia. Sin la esperanza de que la especie y la sociedad fueran mejores, el mundo, abandonado a sí mismo, sería insoportable. ¿Pero hay realmente posibilidad de esperanza en un mundo abandonado a sí mismo? Tal vez sea éste el interrogante más desconcertante que hoy se formulan los hombres. A su vez, es el interrogante en el que puede anidar cualquier promesa.

¹⁴ El *Manifiesto Comunista* sin duda constituye el más entusiasta elogio a las fuerzas liberadas por el capitalismo: "la burguesía, con su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?".